

### 3. PADRE FRANCISCO GARGALLO GASCÓN

#### Liturgista, misionero, líder...



El padre Francisco Gargallo fue un todo terreno.

Quien lo conociera de cerca, lo definió como un prodigio, que es mucho decir. Pero sí lo era, pues cuantos lo trataron, fueron contestes en ponderarlo hombre humilde, afectuoso; buen religioso, muy fiel a su deber, ejemplar en toda virtud; excelente superior, paciente con los subordinados, afable.

Pues este dechado nació en Castellote, Teruel, el 24 de febrero de 1872, de Manuel y Juana. El 10 de noviembre de 1889, a las ocho de la tarde, lo revestía con la blanca librea el padre Pedro José Ferrada, ante el padre Florencio Nualart; el padre Ferrada también recibió sus votos el 14 de noviembre de 1890, ante los padres Ramón Prat y Domingo Aymeric. Siguió en El Olivar, pero, por cabal y prometedor, enseguida, ya en 1892, fue enviado a Roma. Cursaría filosofía (1892-1893, 1893-1894) y teología (1894-1895, 1895-1896, 1896-1897, 1897-1898) en la Universidad gregoriana; sin pasar, desgraciadamente, por ningún examen oficial, me figuro que por hacer ahorros económicos. En San Adrián emitió los votos solemnes el 11 de febrero de 1894, ante el general padre Pedro Armengol Valenzuela, y

en la Ciudad eterna lo consagró presbítero monseñor Francesco Casseta el 14 de junio de 1896.

Fue de inmediato iniciado en los altos ministerios de la Orden. Mucho se confiaba en él, cuando tales distinciones se le hacían. Desde 1902 a 1912 fue fungiendo de postulador, procurador, secretario general (con el general padre Mariano Alcalá desde 1911). En mayo de 1903 presentó ante la congregación de Ritos el proceso de culto inmemorial de la venerable Natalia de Tolosa. En 1908 obtuvo un breve papal privilegiando la devoción de los Siete sábados en honor de nuestra Madre. El 16 de mayo de 1909 divulgó el Breve con las facultades de impartir la bendición papal en la Merced. El 17 de enero de 1910 gestionó la erección canónica de la casa de Fraga. En julio de 1912 dio a luz el primer número del *Boletín de la Orden*.

Además se había convertido en el gran liturgista de la Merced, que confeccionó desde 1900 a 1927 el *Directorium* de las celebraciones de la santa Misa y del Oficio divino en la Merced. Fruto de su laboriosidad e investigación, en 1923 publicó el delicioso *Compendio de sagradas ceremonias y prácticas domésticas para el uso de los Religiosos y Religiosas de la Orden de Nuestra Señora de la Merced*, verdadero memorial de los cultos, los ancestrales usos y las venerables tradiciones de la Familia mercedaria.

Pero, porque aquí se le necesitaba, su Provincia lo reclamó. El 21 de junio de 1913 llegó a El Olivar, haciéndose de inmediato cargo de los novicios, si bien el título de maestro no se le confirió hasta el 1 de febrero de 1914. En el capítulo de 1915 abogó por la supresión de la casa de Borges Blanques, pues no tenía erección canónica; el 12 de agosto la misma asamblea lo designó prior de Barcelona, porque venía el séptimo centenario de la fundación de la Orden. Y, a tal efecto, el 11 de abril de 1917 recibía instrucciones de la Curia general de trabajar con la casa Subirana para el Anuario eclesiástico de 1918; realizando magníficos aportes con los padres Manuel Sancho y Faustino Gazulla, responsabilizándose personalmente del apartado de celebraciones religiosas. El centenario dejó muy prestigiada a la Orden en Barcelona.

Estuvo en el capítulo de Lérida desde el 12 al 21 de enero 1920, y, porque mostró su apoyo a la continuidad del colegio de Lérida, fue constituido su rector. Tomando posesión el 12 de febrero, se dio a trabajar, con mejoría inmediata y frutos palpables. A una con un valiosísimo equipo comunitario, publicó el colegio, instaló teléfono, compró a plazos una máquina de escribir, renovó y amplió aulas, pintó todo el inmueble, principió catecismo las tardes de los domingos, fundó la academia María Corredentora con finalidad científico-literaria-musical-teatral, creó la revista *El colegial mercedario*. Se dio todo porque pensaba que *quitar el colegio sería la ruina de esta Casa y un grave detrimento moral de la misma y de la Provincia*. No obstante que los medios eran escasos y el personal insuficiente.

Duró hasta el capítulo de Barcelona, del 13 de enero de 1923; cuando salió diputado al capítulo general y superior de El Olivar, siendo renovado en el capítulo de San Ramón, el 3 de agosto de 1926. El 30 de enero de 1923, a la 16:30, entraba en El Olivar, y entraba con todas. Cuidaba las ceremonias del altar, estaba pendiente de las olivas y de los cerdos; modernizaba los aperos con lo último para sembrar, aventar, segar; adquiría una olla express, agasajaba a los sacerdotes de la contornada y estaba pronto para ayudarles en las tareas pastorales, sobre todo, dando solemnidad a sus fiestas patronales. Del campo o el aprisco, con la mayor naturalidad, se iba a dar clase a los formandos, o al coro para entonar vísperas. Promovía la plantación de cebollinos y tomateras, manzanos y nogales, hasta probó con el cultivo del tabaco. Así hasta el 26 de noviembre de 1926.

Se presentó la perspectiva de abrir una misión en Puerto Rico, y la Provincia confió en él. Quién si no sería capaz de roturar un campo tan nuevo y arriesgado. Estuvo unas semanas entre Lérida y Barcelona, hasta que el 28 de febrero de 1927 salió para Puerto Rico con los padres Bienvenido Lahoz y Enrique Morante, tres pioneros capacitados e ilusionados, pues la fundación se conceptuaba reencuentro con el espíritu mercedario más genuino y solución de las miserias económicas de la Provincia. Pero no resultó. Fue ésta la etapa más negra en la vida del padre Francisco; no obstante que la acción pastoral fue increíble y ubérrima. Pero el apoyo económico que se esperaba no cuajó, que las fincas no resultaron ser lo que parecían y un ciclón arrasó por entero las plantaciones. El padre Gargallo luchó con denuedo, por lo económico y más en lo misional, mas, gravemente enfermo, tuvo que volverse; pudieron con su generosidad los climas recios del trópico y una inoportuna intervención quirúrgica. El 17 de abril de 1929 estaba de vuelta en Barcelona. No se alteró, obrando, dice el padre Bienvenido Lahoz, *como religioso serio, de pocas palabras, trabajador, observante, muy severo consigo mismo, pero como superior, comprensible y amable, amaba la soledad*.

Y recalca en El Olivar nuevamente, a mediados de 1929, para comendador, siendo reiteradamente nominado el 3 de agosto de 1932 y el 7 de agosto de 1935. Son tiempos muy difíciles; de inseguridad, de persecución, de pobreza. Comparte las preocupaciones del padre Provincial y lucha por todos los medios para sacar adelante a su numerosa comunidad, mimando los huertos, mejorando las cuadras y los corrales; pone conejos, gallinas, vacas, cerdos, palomas. Siempre en vilo por su comunidad, noche y día pendiente de los riesgos del agro, los hielos, los pedriscos, las sequías; tenía de una mano a su provincial el padre Carbonell y a la Madre divina de El Olivar. Ciento ochenta cartas a los superiores mayores hablan de éstas sus preocupaciones y de sus asombrosos valores morales.

Cada día más sencillo y humilde, se mostraba muy paternal en el ejercicio de su autoridad, realizaba los servicios más humildes de la casa con la mayor naturalidad; incluso remendando con sus propias manos las zapatillas de los muchachos y, lo recuerda el padre Jaime Monzón, *paseando por las montañas de El Olivar, en los días muy fríos nos cubría con su escapulario*. Mi padre, Vicente Millán, que aquellos años llevaba un economato en Estercuel, elogia su delicada conciencia en no defraudar ni un céntimo. A todo esto, momentos hubo que impartía diariamente cuatro horas de clase... a más de los trabajos de superior, los afanes de las fincas...

Años más tarde aquellos novicios y postulantes se emocionarán en el recuerdo del hombre ejemplar, virtuoso, santo con todas las dimensiones, rebosante de caridad, observante, humilde, laborioso; que se distinguía por la prudencia, tratando a todos con mucha benevolencia; por la humildad, sin ostentarse nunca como superior; por la bondad, tratando a los inferiores con mucha amabilidad; por la responsabilidad, afrontado las adversidades de los tiempos. Puntualiza el padre Mateo Conde *que nunca se eximía de la observancia regular, no obstante ser superior; sino que, al contrario, era siempre el primero en todo*, en llegar al rezo o en correr a la era cuando se cernía la tormenta. Sobresalió en él la simplicidad, pues, no obstante ser superior, se humillaba para acomodarse a los estudiantes; acertaba imponer la observancia con simplicidad, suavidad y energía a la par. Y no menos en la mortificación, hasta comer los restos que dejaban otros.

A lo que añade fray Vicente Alarcón: *era en grado supremo bueno, recogido, mortificado, ejemplar, agradecido, caritativo con los pobres y los peregrinos que llegaban a El Olivar, nunca se lamentaba de nada, amaba entrañablemente la vida religiosa y el retiro, no era amigo de salidas ni viajes sin necesidad, no le agradaba pernoctar fuera, con los religiosos más que superior era padre, todo corazón, sin rehuir sacrificios por la comunidad, modelo de religiosos y de superiores, devotísimo de nuestra Madre de la Merced, a veces se quedaba muy tarde de vigilia en la iglesia, pero al día siguiente era el primero en la oración. Últimamente lo percibí muy preocupado por la comunidad; sobre todo los últimos días antes de la revolución fueron muy dolorosos y se mostró más fervoroso que nunca.*

Gozaba de El Olivar, porque tenía mucho de eremita, por eso no le gustaba viajar. Pero era feliz yendo a la chopera con su gente y los curas aledaños para compartir una caracolada o celebrar cualquier evento con unos pichones del palomar conventual.

Todo ese buen hacer lo rubricó con una muerte valerosa, a tenor de su vida interior.